

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del
"CENTRO ESTUDIANTES DE CIENCIAS ECONÓMICAS"

Director:
Dívico Alberto Fürnkorn

Secretario de Redacción:
Roberto E. Garzoni

Administrador:
Luis Podestá

Sub-administrador:
Jorge Traverso

Redactores:
Dr. José Barrau, Dr. Mauricio E. Greffier, Guillermo J. Watson, Silvio J. Rigo, Egidio T. Trevisán, Raúl Prebisch, Julio Silva, Juan R. Schiluzzi

Año VIII

Julio de 1919

Núm. 73

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Problemas económicos

La cuestión agraria es un problema económico y social a la vez, porque se relaciona con el hombre formando agregados humanos de habla, costumbres, tradiciones, aspiraciones idénticas, que cifran sus esperanzas en un mismo ideal de progreso, justicia y libertad. Es un problema económico porque lleva unido la idea del provecho, del trabajo, del cambio, de la producción, de la circulación, consumo de valores, repartición de la riqueza con todos sus fenómenos inherentes, propios de su naturaleza, de su íntima condición, merced a la cual existe un perfeccionamiento y un continuo adelanto, traducido en la civilización, que es la suprema misión del hombre.

Es un problema sociológico vasto y complejo con todas las manifestaciones que se derivan del hombre que evoluciona incesantemente en un medio que evoluciona a su vez, del cual depende la felicidad o la desgracia del mismo. No es posible partir de un efecto, sino que es menester buscar la causa que lo produce para sentar principios y construir sistemas que tiendan a armonizar los fenómenos humanos con el universal equilibrio que la naturaleza ha impuesto a todo lo que existe.

La tierra (1) y el hombre están íntimamente ligados entre sí, forman un solo concepto económico-social trascendental para la existencia misma.

Todos los problemas humanos que se debaten y que preocupan a los pensadores e interesan a los gobernantes, forman un íntimo consorcio con la tierra, porque es ella la fuente na-

(1) Entiendo por tierra, la misma que habitamos y el conjunto de cosas naturales en ella existentes.

tural de donde el hombre toma los alimentos, construye las viviendas, hace florecer las plantas, cría los animales, surgen las corrientes de agua, se instalan las industrias; alma de la organización social actual; es la fuente única que da lo necesario para la vida. De la tierra se crea; la industria transforma, amoldando esas creaciones a la costumbre individual. No quiero negar que la industria no sea un elemento importantísimo para el progreso; merced a ella existe un principio, lejano aún, de solidaridad universal, principio éste que involucra el cambio, el comercio moderno, sea de efectos o de ideas; pero suprimid con la imaginación la tierra que pisamos y no seréis capaces de concebir la industria.

La industria es un resultado, es un efecto de la organización de la producción de la tierra. que es la causa, a su vez, de las transformaciones industriales. De ahí, pues, los errores económicos al sentar principios o leyes que rijan a los hombres. Vemos los fenómenos y los confundimos con su esencia, y en esta forma singular de interpretar construimos teorías e imponemos reglas que chocan las unas con las otras, produciendo conflictos ante los cuales quedamos absortos, sin saber, acaso, que es el efecto de nuestras leyes, que aceptamos como verdad indiscutida e indiscutible, como la panacea que ha de llevarnos al edén tantas veces soñado y bien distante. sin embargo, de la realidad.

La propiedad es un robo, dijeron los unos; ella es de todos, dijeron los otros; abajo los latifundios, dijeron los de más allá; y así, de apóstrofe en apóstrofe, se formaron las escuelas socialistas, fisiócratas, naturalistas, clásica, histórica, y surgieron los apóstoles: George, Quesnay, Adam Smith, Fourier, León Say, Marx, etc., de cuyas discusiones se formó un manual de leyes de orden económico a las cuales deberíamos sujetarnos para alcanzar el bienestar supremo. Han pasado los años y estamos como entonces; las crisis nos sacuden de período en período, los precios de los consumos se elevan, las huelgas son más frecuentes y violentas, los salarios se aumentan y no satisfacen las necesidades del cuerpo, se reducen las horas de trabajo, se les asegura de los riesgos accidentales y de los de la vejez, etc., etc., sin lograr conseguir la felicidad deseada.

Se proyectan nuevas formas de impuestos, entra en juego la teoría de la renta, se gravan los consumos de primera necesidad (luego; se tiende a suprimirlos), se combaten los trusts y se les acusa casi criminalmente, se proyectan ins-

tituciones de crédito (Banco agrícola, Prenda agraria, Warrants, etc.) y mil otras modificaciones que tienden a resolverlo todo, sin conseguir resolver nada.

Los recursos no alcanzan a cubrir los gastos del Estado y el pueblo pide nuevos servicios; se contratan empréstitos que pesan sobre varias generaciones para poder atender aquellas exigencias; el obrero pide jubilación después de algunos años de trabajo; se establece obligatorio el descanso dominical; en una palabra, se le da al pueblo todo lo que pide y aún más, y cada día que pasa hácese más difícil la existencia, más agitada la vida, nos sentimos más desgraciados, menos libres, más tímidos y menos hombres!

Tal es la realidad del problema obrero, que no es, a mi entender, sino social, es decir, que involucra a todo el género humano. En vez de habersele dado una solución, se lo agrava constantemente, y tan alarmante es el mal que mina la existencia humana, que vamos con paso de gigante hacia una era de irresponsabilidad y decadencia absoluta.

Quiere decir esto que llevamos una dirección equivocada, que hemos invertido el orden natural, al que deberíamos haber nos sujetado, y en vez de tratar que la naturaleza se amolde a nuestros caprichos y exigencias ilógicas, deberíamos haber comenzado por adaptarnos a ella.

Tal es la situación a que hemos llegado; trataremos de indicar la forma de encarrilar el organismo social para que pueda desenvolverse sin estos continuos conflictos, para que la vida se adapte a las leyes universales, que, aunque nos parezcan duras y contrarias a los sentimientos humanitarios, no dejan de ser, por ello, ni menos útiles ni menos sabias.

El débil sucumbe, el fuerte subsiste; ésta es una de las leyes inevitables, que debemos obedecer, y es tan justa, que todo lo que existe cae bajo su imperio. Las plantas raquílicas se desploman por la fuerza del viento, por los rayos del sol, por la falta o abundancia de agua, por no poder asimilar las materias necesarias para la subsistencia; los animales mueren cuanto más débiles son; el hombre perece por idénticas causas, sólo el fuerte resiste en la lucha por la vida, es el único que vence.

La fuerza es la que domina, ya sea ella material, moral o intelectual. La fuerza es la dueña del destino humano, como lo es del sistema planetario de que está formado el universo. Es la suprema ley de lo que vive; por ella se conserva y por ella se despedaza, cambia y evoluciona. No la debemos

anatematizar ni culparla de nuestras desgracias, porque las desgracias son siempre el fruto de la debilidad, nunca de la fuerza. La fuerza debiera ser nuestra afirmación objetiva y nuestro culto.

Y allí está la causa de los conflictos sociales; nos falta la fuerza necesaria para la vida y nos sobra debilidad para la muerte. Porque nos sentimos débiles nos agrupamos, formando sociedades obreras que piden por la violencia o defienden sus derechos por el incendio, por los paros o las huelgas, evitando así la responsabilidad individual, signo inequívoco de la debilidad que las anima. Se olvidan de aquel principio matemático de la suma. Cuando los débiles se agrupan a los débiles con la esperanza de crear una fuerza ponderable, el resultado fatal de ese agrupamiento es una debilidad mayor, porque como vamos sumando cantidades negativas mayor será la suma cuanto mayor sean los sumandos. En otros términos: si a una debilidad agregamos otra, el resultado será otra debilidad mayor.

Nuestro adelanto, nuestro progreso, son imperfectos en grado sumo, porque están formados de inseguridades que tenderán que desplomarse fatalmente. Hemos construído una nación en un pedazo de tierra fértil que produce todo sin que el hombre lo determine; esa es la causa del adelanto alcanzado; pues nuestras instituciones que hemos formado nada han hecho ni hacen para acelerar la marcha del hombre hacia una potencialidad siempre creciente y siempre mayor, porque los defectos no están la mayoría de las veces en las instituciones ni en las leyes, que se dictan, sino en los individuos que son los encargados de cumplir y hacerlas cumplir. Nos falta carácter, perseverancia en las empresas que tomamos, y cuando cualquier obstáculo se presenta a nuestro paso, en vez de redoblar nuestros esfuerzos para vencerlo nos abandonamos y retrocedemos decepcionados al punto de partida, cuando no buscamos una sombra para descansar de las primeras fatigas del camino recorrido.

Esta es una de las diferencias más fundamentales de las razas; por eso los alemanes, los norteamericanos, japoneses, ingleses, etc., han sido y serán los pueblos dominadores de los tiempos modernos, como lo fueron Roma, Grecia, Cartago, Babilonia, de la antigüedad. Ellos son los que marchan a la vanguardia de los demás pueblos; de ellos copiamos sus instituciones y sus leyes y sin embargo nos separa un abismo. Nuestro país está organizado en idéntica forma que el norte-

americano, y en aquella nación, es decir, el individuo, lo es todo, completamente contrario al nuestro, en que aquí el hombre no es nadie, es absorbido completamente por el Estado.

Por eso pienso y afirmo que cuanto más nos acerquemos al colectivismo, al comunismo, menor será nuestro progreso, porque cuando los unos esperemos de los otros no podremos nunca desplegar las actividades, y si lo hacemos no rendirá, será una pérdida; sólo cuando confiemos en nosotros mismos, en nuestro propio esfuerzo, nos sentiremos dueños de nuestro propio destino y seguros de nuestra finalidad.

El problema agrario argentino se reduce, pues, a un defecto del hombre más que a un error económico. Se dice que se cobran precios elevados por los arriendos, que consume todo el trabajo del arrendatario los cortos plazos que se contratan; el colono se apura para vender sus productos, acosado por el "bolichero" de campaña, acopiadores, etc., a quienes debe; que los caminos se encuentran en pésimas condiciones; se habla del alza de los envases y del hilo, y de muchos otros; más la causa única, es decir, la causa generatriz es el hombre mismo.

¿Cómo querer poner una valla a aquella ley fatal de la oferta y la demanda? Los arriendos suben porque así lo determinan los arrendatarios; y esto, que parece un contrasentido, es tan evidente y tan exacto como lo demostraremos a continuación. La tierra no puede, no debe ser de todos; ella debe ser de los más aptos, de los más capaces, de aquellos que por un esfuerzo constante e inteligente han conseguido su apropiación para trabajarla sacando el mayor provecho posible de ella, para su beneficio particular, que luego se traduce en un beneficio social. Los propietarios de la tierra, ante los pedidos incesantes de los arrendatarios, elevan los precios de las mismas, porque si es la justicia distributiva la que se busca, no es justo que si el arrendatario, con esa misma tierra que pagaba 10 sacaba un producto de 30, ahora con igual costo saque 50; esta diferencia debe repartirse también en el dueño del campo, dueño éste que la adquirió merced a su esfuerzo, a muchas privaciones y a muchos desvelos. Cuando hay demanda de algo, es seguramente porque los adquirentes experimentan con ello algún bienestar o sacan alguna utilidad que les compensa el precio pagado. El caso presente así lo comprueba: el arriendo de campo para ganadería sube constantemente por la cantidad de pedidos, y estos pedidos existen por la elevación experimentada en los

precios del ganado, que les asegura a los criadores e invernadores una utilidad positivamente provechosa.

Así, por ejemplo, si mañana bajan los precios de la carne, bajarán también los precios de los arrendamientos de los campos de invernada. No es posible protestar contra la suba de los arriendos, porque ella es el fruto de los que las solicitan. Pero puede resultar que los precios del o de los productos a que destinábamos las tierras hayan bajado por exceso o por cualquier otra causa. ¿Qué sucede entonces? Que la venta de él no reeditaré ni el interés del capital ni el precio del trabajo, y por esta causa se producen los conflictos agrarios. Pero ¿acaso tiene la culpa el arrendador de la elevación o baja de los precios? Evidentemente que no. ¿Quién es, entonces, el responsable de ese desequilibrio? El desequilibrio se produce por un exceso en la producción y se comprende que cuando hay superproducción los precios de los artículos bajan en relación inversa; esto es: a mayor abundancia menor precio.

En nuestro país sucede un fenómeno curioso con los agricultores; todos se dedican a sembrar una determinada planta, sin consultar la calidad de las tierras y sin seleccionar las semillas; de manera que los rendimientos del producto sufren oscilaciones que no determinan relación de ninguna especie en el cómputo total de la producción, razón ésta que influye en el costo individual del producto: lo que a unos les cuesta *uno* a otros les resulta *dos*. Producida la baja, unos son afectados más que los otros, hasta el punto de no dejarles ninguna utilidad, y si la dejan no compensa ni el trabajo material representado por el esfuerzo del hombre.

¿Por que entre los agricultores hay unos que se enriquecen y otros que se empobrecen, no obstante poseer tierras igualmente fértiles? Porque se dedican a sembrar un solo producto, expuesto a la carencia de la lluvia, a la piedra, a las plagas. Producido el siniestro que arrastra los triguales, el colono se queda en la calle, perdiendo no sólo su dinero, sino hasta su fuerza moral; pero si ese colono acoplara a su especialidad otros cultivos, resultaría que cuando se presentan las plagas o se producen los fenómenos naturales algo salvará de la "debacle", porque las plantas crecen en diferentes épocas, lo mismo que la madurez de sus frutos, de donde tendrá — podríamos llamarle — una reserva en cada variedad de producción.

Los campesinos europeos en cada hectárea de tierra siem-

bran de todo, crían sus animales y viven exentos de la miseria y sin temor a la pérdida de su constante esfuerzo, con el cual mantienen su familia, quedando aún sus reservas hasta constituir organismos económicos que determinan la potencialidad de las naciones, y de tal magnitud en su conjunto que casi son incalculables. La presente guerra prueba la riqueza material y moral de algunos pueblos, que nos han de servir de ejemplo más tarde para alcanzar algún perfeccionamiento, determinando orientaciones de progreso sólido, merced al cual seremos respetados.

La protección a esta industria, que abarca por el momento la casi totalidad del territorio argentino, donde viven cerca de siete millones de personas y donde se produce el fruto indispensable de que se alimenta la humanidad, ha sido la causa fundamental de nuestro progreso, de nuestro adelanto, de nuestro bienestar.

Pero no todo está hecho; falta la orientación científica reclamada por la evolución social y económica a través de todas sus derivaciones. Falta el cultivo racional y metódico que tienda a equilibrar en su justo límite la potencia salvaje, diré así, que la naturaleza emplea, desempeñando, no obstante, una función compensadora de efectos, cosas y valores. Y ese cultivo racional y científico lo han de conseguir nuestros agricultores cuando el Congreso dicte leyes que amparen la producción en forma directa, como serían obras de irrigación, diques, escuelas experimentales, viveros, selección de semillas, policía vegetal, estudio de la composición de las tierras, cuando los impuestos graven a ella no por lo que produce, sino por lo que deja de producir; cuando se combata el latifundio, cuando organicemos el sistema de cooperación, cuando exista un crédito agrícola, cuando se estimulen y protejan los productos textiles, cuando comprendamos más íntimamente los fenómenos de la naturaleza y nos adaptemos a ella, y, en fin, cuando tomemos por base la unidad, la acción y el pensamiento. Entonces habrá llegado el día en que estos conflictos entre productores y consumidores, entre el capital y el trabajo, se asocien en íntima combinación para que marchen en líneas paralelas hacia una misma finalidad, porque no puede haber otro anhelo ni puede guiarnos otro destino que la felicidad del hombre y de la especie.

ALEJANDRO NIMO.